

el hito de sacar del cuerpo de Saul el demonio que, por permisión de Dios, le atormentaba; deplorando yo muy mucho que el nombre de este criado haya quedado en el panteón del olvido, pues fué nada menos que el fundador del arte so-corrido del exorcismo. Un criado, pues, buscando un tocador de arpa para sacar á Saul los demonios que se le apoderaban del cuerpo, topó con el ungido David y le trajo á palacio, donde, gracias á sus dedos y á su oído, quedó convertido en el Farinelli de aquella especie de Felipe V semita.

Al principio el arpa de David fué para Saul mano de santo, ó como si dijéramos *agua del Lozoya* en poder de nuestros tres célebres *Apóstoles* de los barrios bajos de Madrid. ¿Entraba el demonio en el rey? pues tocaba David el arpa, y el susodicho demonio, con el rabo entre piernas, se largaba, no se sabe dónde, hasta que sin saber tampoco por qué resquicio palatino volvía á entrar en Saul.

No quiero dejar de decir que me choca mucho que lo que tocase David fuera el arpa. ¿Dónde se vió pastor con semejante armatoste al hombro? Los pastores de verdad lo que suelen tocar es la flauta, el tamboril ó la zambomba; ¿pero el arpa? ¿Será que la zambomba no tenga virtud contra el espíritu malo?

## XLI

Tengo delante al famosísimo gigante Goliat. Es decir, á Goliat, gracias á Dios, no le tengo delante; pero sí el capítulo del *libro de Samuel* que cuenta el cuento de su combate con David. Y como verdaderamente es un cuento bonito, vamos á contarle.

Hallábanse frente á frente filisteos y hebreos, aquellos en Efesdammin, estos en el valle del Alcornoque (*suplico á los cabecillas carlistas que no se den por aludidos*) dispuestos, como buenos

y antiguos enemigos, á romperse bonitamente la cabeza (*y no digo la CRISMA porque aún no había crisma en el mundo*), por todos los procedimientos posibles é imposibles. Saul, el rey de los hebreos, que ya había en varias ocasiones desbaratado á los filisteos, y hécholes correr á perder las piernas, emprendió la campaña con buen ánimo; pero al llegar al valle del Alcornoque (*repito que nadie se de por aludido*), se hubo de quedar con tamaña boca abierta (*al escribir esto, extendiendo la mano como el que va á medir una pieza de tela por palmos*) y el corazón reducido al tamaño de una avellana, que le bailaba en el pecho.

El canguelo regio, que se hizo epidémico en el campo israelita, tenía razón abonada, pero muy abonada. Los picaronazos de los filisteos, sin saber dónde ni cómo, habían topado con un gigante, pero no uno de esos gigantes de tres al cuarto, que estamos acostumbrados á ver en esqueleto en los museos, ó por media peseta en alguna tiendecilla de la calle de Alcalá, sino un gigante de *p p* y *doble v*. Llamábase Goliat y tenía de estatura seis codos y un palmo, según el Espíritu Santo, que inspiró la *Santa Biblia*, del cual no es posible dudar, ni correcto sospechar dejase de medir con el mayor cuidado á Goliat.

Yo no sé el codo de los hebreos cómo sería de largo, por más que hay libros eruditísimos que, habiendo por el hilo sacado el ovillo, apuntan su equivalencia á las medidas modernas. Mas puedo asegurar que esta estatura de Goliat le hubiera permitido perfectamente pellizcar las pantorri-llas, sin empinarse, á cualquiera de las estatuas que hay sobre sus pedestales en las plazas públicas de Madrid, tales como Cervantes, Murillo y Mendizábal... y puedo asegurar más, y esto de una manera infalible, ni más ni menos que el Pontífice romano, y es que las dimensiones de los miembros de Goliat eran muy bien proporcio-

nadas con esta descomunal dimensión que le separaba el tobillo de la coronilla, pues, como dice el libro *revelado*.

«Traía un almete de acero en su cabeza... vestía coraza de planchas, que pesaba cinco mil siclos... sobre las piernas grebas de hierro y escudo de acero á sus hombros. El asta de su lanza era como un enjullo de telar, y tenía el hierro de su lanza seiscientos siclos de hierro,» con lo cual iba el gigante cargado como un mulo de arriero avaricioso, y, por consecuencia, debía tener la resistencia de un *idem*, lo que sería totalmente imposible si el pie no correspondiese á la mano, y ésta á las caderas, y estas á las ventanas de la nariz, que debían asemejarse á los boquetes de las medianerías madrileñas. Horror me da el pensar en el ruido que este hombre haría cuando roncaba y en otras ocasiones; así como me imagino que debió perpétuamente dormir con los pies fuera de la cama, á menos que le hicieran una de propósito para él... ó tuviese la costumbre de dormir hecho un ovillo.

Los filisteos, con su Goliat bien armado, metían á los israelitas un miedo atroz, que cualquiera persona de buen juicio hallará fácilmente disculpable. Y como es sabido que los que se imaginan fuertes é invencibles han sido siempre bravucones, pedantes y provocadores, nadie extrañará que todas las mañanas se acercase Goliat al campo de Saul y desafiase con palabras afrentosas á los hebreos, diciéndoles que para dirimir la contienda enviasen á pelear con él un hombre. Saul prometía al que le quitase de en medio á Goliat el oro y el moro, cuyo moro era una hija guapetona que tenía. Pero ¡que si quieres! En cuarenta días (*ya salió el número cuarenta otra vez*) provocó ochenta veces Goliat á singular combate á los israelitas, sin que en todo el ejército de Saul se ofreciese un hombre á pelear con el incircunciso filisteo que afrentaba mañana y tarde

diariamente al pueblo *elegido*, que más que elegido parece ahora *encogido*.

Por fin, afrentando al capítulo anterior, en que hemos visto á David tocando el arpa en el palacio real de los hebreos, y sacándole de esta manera los demonios del cuerpo á Saul, y muy compinchado y amigote de éste aparece en el valle del Alcornoque el joven y completamente desconocido pastorcillo David, que viene á traer á tres hermanos suyos que había en el ejército diez panes y un poco de harina, y para el capitán de la compañía *diez quesos de leche*.

Así que David se entera de lo que pasaba con Goliat, dando señales de su grande y esforzado corazón, á pesar de las burlitas envidiosas de sus hermanos, y de las sonrisas de desconfianza de los bravos de profesión, se ofrece voluntariamente á pelear con el infatuado filisteo de las descomunales dimensiones y espantable armadura. Saul le viste de su cota de malla y le presta su espada; pero David, á quien aquel desusado atavío y desconocidas armas estorbaban, confiando sólo en su decisión valerosa, rechaza los vestidos de Saul, toma su cayado, mete en su zurrón unas cuantas piedras, saca su honda y sale al campo.

¡Bravo! hay que exclamar al llegar aquí. David, que inicia de este modo su carrera, no extrañará á nadie que sea después rey, y pase con razón por el más grande capitán israelita. ¡Bravo! otra vez y cien veces ¡bravo! Vencedor ó vencido, el que de tal manera se porta, el que ve á su pueblo afrentado, y va derecho y sereno al combate, es un héroe. Admirémosle y pongámosle este romance hebreo, cuyo fondo es histórico indudablemente, á pesar de las exageraciones semitas, á pesar de la intervención de Jehová, y á pesar de estar ridiculamente intercalado en el libro de Samuel, pongámosle, digo, al lado de nuestros mejores romances caballerescos y al lado de los cantos de *La Iliada*.

Pero sigamos en calma. David sale al campo. Goliat, que le ve tan ruin y sin armas, exclama: ¡soy yo un perro para que á mi vengas con palos! David calla modestamente ante tales bravatas, y, poniendo una piedra en la honda, arrójala con tal acierto y fuerza sobre el gigante, que, clavándosela en la frente, le hace caer en tierra. Corre entonces á él, y, antes de que pudiera recobrarle, con su propia espada le corta la cabeza. Ante semejante espectáculo los filisteos huyen como liebres, los israelitas los persiguen y degüellan, y Saul, con vergüenza, como he dicho, del capítulo anterior, pregunta á su general Abner, que quién era aquel muchachuelo heróico que con tal hazaña comenzaba su carrera. David es presentado al rey, que le recibe amorosamente. Segunda versión de este hecho, un poco más verosímil que la anterior, de la unción por Samuel y la busca por un criado para sacar el demonio de la tristeza al rey.

## XLII

Vamos lentamente penetrando en terreno sólido; quiero decir que esta parte de la *Biblia* tiene innegables caracteres de narración histórica, aunque muy fantaseada, como es natural en cosas que á tan lejanos tiempos se refieren, y relativas á un pueblo de tan ardorosa fantasía como el hebreo, perteneciente á la soñadora familia semita. La poesía hebrea fué esencialmente religiosa, y, como en los orígenes de todos los pueblos, la poesía y la historia vienen á ser una cosa misma, de aquí que las historias de Saul y David, como mas tarde la de Salomón, que señalan la constitución de los hebreos en cuerpo de nacionalidad, y el rápido florecimiento de su Estado político, se hallen impregnadas de una religiosidad exagerada, que es la parte flaca y vulnerable de este *Libro de Saul*, pues sin la inter-

vencción fantástica de Jehová á todo propósito y despropósito, algunos de sus capítulos, aparte el estilo, podrían sin desdoro parangonarse con las narraciones de Herodoto. Verdad es que, sin este carácter religioso, ni la *Biblia* hubiese llegado á nuestros días, ni habría por qué comentarla. Mas dado que los hebreos y los cristianos tienen la pretensión de haber hecho los unos y completado los otros la *religión de la humanidad*, fuerza es escudriñar *La Biblia*, para que unos y otros y todos nos apeemos de este dislate máximo, mostrando por ahora que el Jehová de los hebreos es una fantástica y disparatada concepción de la divinidad, totalmente inadmisibile y soberanamente ridícula, para venir después á consecuencias eminentemente prácticas para nuestro pueblo y tiempo, que si á esto no condujese este largo y trabajoso comentario, ¡á buena hora me tomara yo esta fatiga!

Notada ya la contradicción bíblica de hacer aparecer por primera vez á David en palacio para tocar el arpa y en el campo del Alcoroque para degollar á Goliat, conviene decir que aquel bravo Jonatán, hijo de Saul, de quien ya he hecho mención, tan pronto como conoció á David se enamoró de él perdidamente. La frase es ambigua, pero no la retiro, porque á un comentarista leal todo le es permitido menos torcer el texto, que explica con estas palabras esta climatérica relación: «el alma de Jonatán fué ligada con la de David, y amo á Jonatán como á su alma.» Ni quito ni pongo intenciones: copio el texto.

El hijo del rey regala á su nuevo amigo sus propios vestidos, sus propias armas y hasta su propio talabarte; y así compuestecito, David, que era rubio, estaba hermoso. Con esto y la fama que le dió el haber degollado al gigante, las mujeres, en todos los tiempos y pueblos curiosas, salían por todas partes á verle y festejarle, cuando en compañía de Saul volvía de la campaña, y

como es lógico que les pareciera más guapo y valiente que el rey, dieron en cantar:

Saul mató sus miles

Pero David sus diezmiles

Oír esto Saul y atufarse fué todo una misma cosa, que encuentro muy en su punto; pues un rey que sepa lo que se trae entre manos, no debe mirar con buenos ojos que haya en su reino quien haga más ruido que él. El reinar parece que había avisado al antiguo buscador de las burras y que, en mal hora suya, ungió Samuel, y sospechando que el *pastorcillo* podría birlarle la corona, que ya en aquellos tiempos nadie soltaba á tres tirones, resuelve en su régio magín deshacerse de David á la primera ocasión ¡Perfil de rey muy repetido de entonces acá en historias sagradas y profanas!

Un día (parecíame que debió ser un día, aunque no me opongo á que fuera una noche, pues en el texto no hay candil)... un día... pero hable el texto:

«Otro día aconteció que el espíritu malo, por »permisión de Dios tomó á Saul, y mostrábase »en su casa con transportes de profeta; y David »tañía con su mano como los otros días, y esta- »ba una lanza á mano de Saul. Y arrojó Saul la »lanza diciendo: enclavare á David en la pared. »Y dos veces se apartó de él David.»

Resulta que hay un *espíritu malo*, que no es Dios, pero de que dispone Dios, obligándole á entrar en el cuerpo de un rey para que cometiera un atentado horrendo. ¿Puede darse más ridícula caricatura de la divinidad? ¿Cabe tomar á Jehová en serio? La canallada de Saul no cae, por esta miserable concepción de Dios, sobre Saul, sino sobre Jehová, el babieca de Jehová, que después de haber elegido á Saul, en vez de quitarle la corona y la vida de un rifirrafe, no discurre cosa mejor que azuzar á su ungió de ayer para que asesine á su ungió de hoy, en cuya fama y

provécho aparta la lanza que le tira por mano de Saul. ¿No es esto jugar al marro?

\*  
\*  
\*

Después de jugar al marro con David, Saul juega con el mismo al burro, pues comete la imperdonable necedad de nombrar al que tanto temía y odiaba *capitán de mil*, y enviarle á la guerra para que, cobrando más fama y autoridad, fuese más poderoso. ¡Ni el que asó la manteca!

Habíale Saul prometido á David casarle con su hija Merab, pero, llegado el día, el rey falta indignamente á la palabra, casando á Merab con un tal Adriel. Ignoro qué tal le sabría á la infanta el truco, pero á una hermana que esta infanta tenía, y era también infanta, y se llamaba Michal, el mico que dieron á David le supo á gloria, porque secretamente amaba al capitán rubio. Este amor de Michal que á David, hombre mujeriego, le puso muy hueco, sirvió de ocasión á otra rufanada de Saul, que es á la vez una porquería bíblica. Héla aquí: Versículos XXV, XXVI, XXVII, cap. XVIII.

«Y Saul dijo (*á sus criados*): decid así á David: »No está el contentamiento del rey en el dote, »sino en cien prepucios de filisteos, para que sea »tomada venganza de los enemigos del rey. Mas »Saul pensaba echar á David en manos de los »filisteos. Y como sus criados declararon á David »estas palabras, plugo la cosa en los ojos de David, para ser yerno del rey. Levantóse David y »partióse, é hirió doscientos hombres de los filisteos; y trajo David los prepucios de ellos, y entregáronlos todos al rey, para que él fuera hecho yerno del rey. Y Saul le dió á su hija Michal por mujer.»

¡Vaya un dote! ¡Vaya un rey! ¡Vaya una infanta!

En el capítulo XIX vuelve á resolver Saul mar á David. Jonatán lo sabe; habla al rey en fa-

vor de su amigo, y le salva la vida. Vuelve David á palacio y á tocar el arpa; y vuelve Saul á tirarle una lanza que no le da. Versiones más ó menos poéticas de la misma trama: romances distintos sobre el mismo tema. ¿Histórico? Averíguelo Vargas.

Otra intentona. Hallábase durmiendo David con aquella Michal del dote sanguinolento, cuando le llega aviso de que Saul envía gente que le asesine en el propio lecho. Se descuelga por la ventana y huye. Michal, lista como una ardilla, pone en la cama, en vez de su marido, un pelele. El rey y los asesinos se llevan un mico máyusculo.

David, viendo las que gastaba Saul, hace un corte de cuentas con él, y sabiendo muy bien lo que se hacía, se refugió en casa de Samuel, el viejo profeta enemigo de Saul, cuyo crédito podía servir admirablemente á sus pretensiones.

Samuel recibe al foragido con mucho mimo y le asegura en Majot, donde pasó una cosa graciosísima, y es que cuantos allí llegaban *profetizaban*. Los primeros mensajeros de Saul, los segundos, los terceros, Saul en persona, al llegar á Najot, profetizaron. ¿En qué consistía esto de profetizar? Hay aquí un versículo que es de oro para el caso. Dice así: «Y él (Saul) también se desnudó sus vestidos, y profetizó igualmente delante de la Samuel, y cayó desnudo todo aquel día y toda aquella noche.»

De aquí podría deducir un espíritu más maligno que el mío, que el profetizar y el achisparse debían ser cosas sumamente parecidas. A mí sólo me ocurre decir: ¡estaría cosa de ver Saul en pelota, boca arriba todo un santo día y toda una diabla noche! ¡Ah!, también se me ocurre llamar la atención sobre la semejanza que hay entre un profeta, según la *Biblia*, y aquella vieja bruja de que hablan Cepión y Berlanga á la puerta del hospital del Rey de Valladolid, en

una de las más hermosas *Novelas ejemplares* de Cervantes.

Concluye este capítulo con estas palabras: «De aquí se dijo: ¿También Saul entre los profetas? Recordarás, lector amigo, que cuando ungieron á Saul, es cuando tiene dicho ya el Espíritu Santo que nació este refrán. Perdónale de buen grado este descuido. El pobre es tan viejo, que no debe extrañarte pierda en algunas ocasiones la memoria.

No considerándose seguro ni aun en Najot, al lado de Samuel, David, antes de declararse en rebeldía abierta, y como pretendiente oficial y armado á la corona, intenta una reconciliación con Saul, para lo cual se vale del bolonio de Jonatan, que *adoraba como á su alma* al que trataba por todas las maneras de sentarse en el trono nuevecito que, como á primogénito de Saul, le correspondía.

Y debo declarar que Jonatan, cuya pobreza de espíritu califica la *Biblia* de lealtad admirable, hace cuanto puede por avisar á David para que se ponga á buen recaudo contra las asechanzas de Saul, á quien engaña como á padre y como á rey. No me extraña que una dinastía de tales herederos, desaparesca por las artes buenas y malas del pastorcillo belemita, astuto como una serpiente, fuerte como un león, suave y afuente en las palabras y sin empacho al obrar.

¿Pero todo este cuento no está por extenso contado en el libro de Samuel? Allí le lea el que por tales nonadas se interese.

Al huir de la tierra, David se pasa por Nob, donde vivía el sacerdote Ahimelech, á quien engaña como á un chino y el cual le da, no teniendo otra clase de pan, los panecillos sagrados de la proposición y la espada del gigante Goliath, que se guardaba en el santuario. Esto de comerse David sin empacho ninguno el pan ázimo, para quitarse el hambre canina, le costó

huego la vida al que se lo dió, y sirvió más tarde de argumento evangélico contra los fariseos, como en sus respectivos lugares se dirá. Como se ve, David, que se pasó toda la vida loando á Jehová, adulando al sacerdocio y ensalzando la ley de Moisés, cuando llegaba el caso atendía algo más á su estómago que al ritual.

En fin, que David se largó, llevándole su destino á tierra de Gath, donde reinaba un tal Achis, que bien pudiera llamarse el rey *estornudo* en una traducción eufónica. Más como á Gath había llegado la noticia de sus pretensiones al trono de Israel, y le miraran con torvos ojos, para huir del nuevo peligro se finge loco rematado, diciendo y haciendo mil sandeces y tonterías, como le pareció bien á D. Quijote hacer en honor de su señora Dulcinea, allá por las breñas de Sierra Morena.

A la primera ocasión huyendo el bulto al rey Achis, David se va á la cueva de Adullan, donde alza pendón y establece caldera, á cuyo calorillo se le junta una buena banda de perdidos, de esos que abundan en todos los pueblos y tiempos, y no tienen cosa mejor que hacer que guerear ó saltar caminantes. Juntósele también su familia con un buen golpe de gente de su pueblo. Total, un batallón de bravos, por el estilo de las bandas de la Edad Media, que David adiestró en los combates, sin descuidar tampoco exaltarlos en la fe religiosa con sus cantos admirables, en que era peritísimo poeta y músico de mérito superior.

Pasa David á Moab y encarga al rey el cuidado de sus padres. Después se presenta en abierta rebelión. Saul que no se dormía en las pajas, convoca su gente y la reprocha de conspiradora, puesto que nadie le había descubierto las tramas de David, en que era cómplice hasta su propio hijo. Irrítase grandemente el rey, y amenaza con brio. Entonces Doeg Idumeo, que había presen-

ciado la visita de David al sacerdote Ahimelech, la denuncia á Saul, y éste, sin andarse en chiquitas, llama á Ahimelech y á todos los sacerdotes de Nob, y los degüella, y arrasa la ciudad sacerdotal, sin dejar de ella *meante á la pared*, bellas palabras con que el texto quiere decir que no quedaron ni las ratas.

Aprende, lector amable, dos cosas. Que desde la más remota antigüedad los reyes, para sostenerse en sus tronos, han hecho las mayores atrocidades imaginables. Y que Saul era poco afecto al sacerdocio, mientras que David le pasaba la mano por el lomo. Con lo cual te guardarás de reyes como de un pedrisco, y te explicarás muy fácilmente que á Saul suceda David en vez de sucederle cualquiera de sus hijos. Eran aquellos tiempos teocráticos.

Escapó de la matanza sacerdotal un tal Abiathar, hijo de Ahimelec, el cual, como es lógico huyó como alma que lleva el viento, y se acogió á David, que le recibió muy benévolaemente. Este Abiathar fué el sacerdote del partido de David, que con ello cobró grande importancia.

David, para captarse simpatías y ocupar sus hombres de guerra, viendo que la ciudad de Keila era combatida de los filisteos, enemigos declarados de los israelitas, decidió socorrerla, para lo cual hubo las consultas de rúbrica á Jehová, que ahora habla desde un efod, que se había traído consigo el sacerdote Abiathar.

Contestó Jehová desde el efod como un lorito amaestrado á las preguntas de David, que, en efecto, zurró á los filisteos y salvó á Keila.

Pero como Saul, enterado del atrevimiento del pretendiente, se dispusiese á coparle, David se va de Keila, y se entretiene en merodear de acá para allá, ni más ni menos que un cabecilla carlista de nuestros días, después de una intentona frustrada contra una plaza de consideración. Nótese, sin embargo, que á nuestros cabecillas

carlistas no les habla Jehová como á David, ni desde un efod, ni desde una cantimplora, que fuera cosa más propia para que en ella resonara la voz del Altísimo.

Llevaron sus merodeos á David al desierto de Zif, donde el bolonio de Jonatán fué á visitarle, y consolarle, y darle seguridades de que su padre no le mataría, y, en fin, de que, andando el tiempo, él, David, reinaría en Israel, y él, Jonatán, sería no más que príncipe de Gales ó de Asturias de la monarquía hebrea.

Saul, de muy otra madera que su hijo, dispone una batida del pretendiente en sus propias madrigueras, pero hizo la buena fortuna de David que, cuando ya estaba encerrado, llegase al rey la noticia de una nueva irrupción de los filisteos, con lo cual, Saul hubo de dejar para mejor ocasión el darle caza.

Nueva salida de Saul contra David, que se había trasladado á tierra de Eugaddi, parodia admirable del *¡que te pillo? ¡que me escape?* de nuestras guerras civiles. En esta campaña sucedió, sin embargo, una cosa notable, y es la siguiente: Que habiéndose quedado dormido Saul en una cueva, David le sorprende, y en vez de matarle se contenta con cortarle un pedazo del manto, y enseñársele luego para demostrarle que no quería su vida y que era perseguido injustamente. Este rasgo, de ser cierto, prueba la astucia de David; pero yo le pongo en cuarentena, porque se repite, como luego diré, y porque quedan las cosas como estaban, esto es, Saul en su casa y David en el monte.

Cuando le llegó su hora se murió Samuel, porque es cosa probada que hasta los profetas, videntes, amigotes de Jehová y fabricantes de reyes, cierran el ojo cuando les va un achuchón cualquiera de las 6.666 enfermedades conocidas, ni más ni menos que le sucede á cualquier destripaterrones, sin más conocimiento de Dios que

las miserables nociones del P. Ripalda, mal aprendidas y peor recordadas.

Advierto que los cuatro *seises*, si no hacen un número patológicamente exacto no le anda lejos, y tiene la ventaja de ser nemotécnico, y noto que tantas diferentes maneras de morir, cuando tan pocas son las que hay de nacer, según los más acreditados ginecólogos (vulgo comadrones), está indicando que la naturaleza tiene sus puntas y ribetes de cruel y sarcástica.

La noticia de la muerte de su protector Samuel, hizo á David emigrar al desierto de Pharan. Dominando desde allí el Carmelo, David, cuando se hallaba en graves extremidades, mandaba un recadito de atención á los ganaderos, *suplicándoles*, como nuestros secuestradores, que tuviesen la bondad de *darle algo*, alegando para ello los buenos servicios de su gente de guerra, consistentes en la mayor parte de los casos en no haberlos degollado, pudiendo hacerlo impunemente.

Uno de los que con gran cortesía á la verdad puso á contribución David, fué un tal Nabal, que Moraba en Maon y tenía por mujer una garrida moza, de nombre Abigail. Era Nabal adusto y fiero y, por lo tanto, mandó enhoramala á los emisarios de David, diciéndoles que para él el hijo de Isaí era siervo insolente y huído, para quien no tenía pan, ni vino, ni carneros.

Esta respuesta afrentosa removió á David el hígado y, queriendo hacer un escarmiento, reúne cuatrocientos de sus bandoleros y marcha en derecha á casa de Nabal, para arrasarla y no dejar de ella meante á la pared.

Uno de los criados de Nabal, hombre astuto y prudente, enterado de la soez contestación de su amo y de la ira de David, se dirige á escape á Maon y cuenta á Abigail lo que pasaba, aconsejándola que procurase apaciguar la cólera del pretendiente á la corona, que iba á caer sobre su

casa lleno de cólera calculada, que es la peor de todas.

Abigail toma doscientos panes, dos cueros de vino, cinco ovejas guisadas, cinco medidas de grano tostado, cien hilos de uvas pasas y doscientos panes de higos secos (*¡admirate, lector, de los interesantes detalles de la Sagrada Biblia, para que te acostumbres á respetar la palabra de Dios!*); cargólo todo en asnos y, echando delante á sus criados, monta en un borriquito, sin decir nada á Nabal, y toma el camino por donde debía venir el airado David.

Topáronse la prudentísima moza de los higos pasos y el rubicundo tañedor de arpa. Ella, echándose del burro abajo, arrodillase á los pies de su enemigo, y con balbucientes palabras, descompuestos los cabellos, encendido el semblante, velados los negrísimos ojos por abultadas lágrimas. le pide perdón por la descortesía de Nabal, que dice estaba loco, y como loco había obrado negando á tan poderoso caballero, elegido por Jehová, unas miserables ovejas y unos míseros pascillos.

No ya á David poeta, músico y danzante, eminentísimo, artista desde la coronilla á las uñas de los piés, sino al primer librepensador, por fiero varón y estoico filósofo que fuese, ¡hubiera yo querido ver en aquel trance! Una mujer hermosísima á los piés, una reata de burros cargados de vituallas alrededor, un marido lejos y acusado de loco por quien mejor debiera conocerle, un escuadrón á la espalda, un cielo espléndido sobre la cabeza, pocos años, mucha sangre, la abstinencia del que vive siempre en guerra y en el desierto.... circunstancias son para derritir de piedad, que es la suprema forma del amor, las más pedernalinas entrañas. David, que las tenía de manteca para con las mujeres bonitas, se ablanda, perdona, agradece y se deshace en cumplidos.

Esta patética historia concluye de una manera natural. Abigail vuelve á su casa, halla á su marido borracho, espera á que se le pase la chispa y le cuenta lo sucedido. A Nabal, oyéndolo dice la *Biblia* que se le *amorteció el corazón*, y se quedó como una piedra, y que se murió á los diez días de esta extraña enfermedad. Tan pronto como llega esta noticia á David, exclama este: *Bendito sea Jehová, que mata á mis enemigos*, é inmediatamente manda emisarios á Abigail para tomarla por mujer. Y la tomó. Y van dos. Aquella infanta Michal que costó la vida á doscientos filisteos, y esta Abigail que se la cuesta á Nabal del Carmelo. Y no para aquí la cuenta de las mujeres del *Santo Rey David*, que es más larga que una letanía. Pues como dice la *Biblia* con la mayor naturalidad, *también tomó David á Ahinoan* de Jezreel, que hace el número tres. El número uno, entre tanto, Michal, celebérrima por su dote, estaba declarada en huelga, pues Saul, su padre, la había dado por mujer á Palti, hijo de Lais, que era de Gallim.

¡Vaya un galimatías matrimonial! ¡Y pensar que los que á David toman por santo, y cantan en latín sus salmos, se deshacen en improperios ¡los hipócritas! contra la República francesa, por haber adoptado el divorcio!

Puse en duda que David, perseguido, cortara un pedazo del manto de Saul, por la sencilla razón del *non bis in idem*, quiero decir, porque se repiten la sorpresa y la generosidad. En el capítulo XXVI David halla dormido en una muralla al rey, y en vez de clavarle al suelo en que yacía, con gran desprestigio de la pompa régia, se contenta con robarle la lanza y un botijo de agua que tenía al lado, de donde se deduce que todo rey bebía en botijo, y probablemente á chorro.

Despierta el rey, nota la falta, oye á David que le vuelve con la cantinela de que es perseguido injustamente, le dice cien piropos... y lo

de la otra vez: Saul se va á su casa y David sigue en el monte.

No encuentro inconveniente alguno en que cualquier teólogo considere todo esto como auténtico. En cuanto al que no sea teólogo, hará bien en tenerlo por tan cierto como el robo del rucio de Sancho de Panza por Ginés de Pasamonte.

*Capítulo XXVII.* Aquel rey Achis, que llamé el del *estornudo*, debía ser un veleta, por cuanto antes le hemos visto recibir tan foscamente á David, que éste hubo de fingirse loco para salvar la pelleja, y ahora que vuelve el pretendiente á Gath le recibe amorosamente, tan amorosamente que le da para habitación la ciudad de Siclag, desde donde ora al Norte, ora al Mediodía, ora al Oriente, ora al Poniente, cada día hacía su excursión, en las cuales adoptó el temperamento maratista de degollar á cuantos hebreos encontraba, después de robarlos, por supuesto, ya fuesen hombres, ya mujeres, convencido de que este sencillísimo procedimiento era el más seguro para que nadie llevase á Saul noticias de donde estaba.

El aprendiz de rey teocrático, se ensayaba en los más reconditos secretos del oficio.

Tú, lector querido, como yo cuando era muchacho, y como muchos que ahora son hombres machuchos, creerás que el *espiritismo* es una doctrina de *ayer por la mañana*, expuesta por primera vez con tanta ingenuidad como elocuencia por Alan Kardec en el famoso *Libro de los espíritus*. Pues si tal crees, te engañas y eres un pipiolo en esto de filosofías espiritistas.

Tú habrás leído el *Syllabus* en que el viejo Mastai Ferretti, vulgo Pío IX papa, condenaba por abominables, impías, falsas y principalmente por anticlericales, un montón de cosas, que tienden á sitiar por hambre al cura y al monaguillo, al obispo y al patriarca, al papa y los

sacristanes. Y habiendo leído el *Syllabus* sabrás que en él el *espiritismo* está condenado con durísimas palabras y el *anatema sit* de cajón. Y tú te habrás dicho: cuando así habla el papa, no hay duda que en la *Biblia* no se hallará rastro de *espiritismo*, ó si se dice algo de él será para demostrar que es una mentira más grande que una catedral. Pues si así has discurrido, aunque con mucha lógica, disparatadamente has discurrido.

Porque delante de los ojos tengo el capítulo XXVIII del *Libro de Samuel*, que es el primer capítulo del *espiritismo* que se ha escrito en este mundo, por más reclamaciones que quieran hacer los partidarios de Alan Kardec.

Y para que ni estos, (entre quienes tengo muchos y muy queridos amigos, cuyas opiniones respeto, como ellos respetan las mías, porque todos estamos abrazados á esta santa bandera del librepensamiento) ni nadie, me pueda venir con que levanto falsos testimonios á la *Biblia* ó á Kardec, allá va, aunque larga la cita textual correspondiente, tal y como salió de la infalible pluma del Espíritu Santo.

Dice así:

«Y consultó Saul á Jehová; pero Jehová no le respondió (*estaban de monos!*) ni por sueños, ni por Urim, ni por profetas. (*Gente inútil por lo que se ve cuando el Eterno se enfurruña*).

»Entonces Saul dijo á sus criados: buscadme una mujer que tenga espíritu de Python (*no equivale esta pitonisa á un MEDIUM?*), para que yo vaya á ella y por medio de ella pregunte. Y sus criados le respondieron: he aquí hay una mujer en Endor que tiene espíritu de Python.

»Y disfrazóse Saul, y púsose otros vestidos, y fuese con dos hombres, y vinieron á aquella mujer de noche, y él la dijo: Yo te ruego que me adivines por el espíritu de Python, y me hagas subir á quien yo te dijere. Y la mujer le

»dijo: He aquí, tú sabes lo que Saul ha hecho, «cómo ha separado de la tierra los Pytones, y «los adivinos, ¿por qué pues poner tropiezo á mi «vida, para hacerme matar?

»Entonces Saul le juró por Jehová diciendo: «vive Jehová que ningún mal te vendrá por esto. «La mujer entonces dijo: ¿A quien te haré venir? «Y él respondió: hazme venir á Samuel. Y vien- «la mujer á Samuel, clamó en alta voz, y habló «aquella mujer á Saul diciendo: ¿Por qué me has «engañado?, que tú eres Saul. Y el rey le dijo; «no temas: ¿qué has visto? Y la mujer respondió «á Saul: he visto dioses que suben de la tierra.

»Y él le dijo: ¿cuál es su forma? Y ella respon- «dió: un hombre anciano viene, y cubierto con «un manto. Saul entonces entendió que era Sa- «muel, y humillando el rostro á tierra hizo gran «reverencia.

»Y Samuel dijo á Saul: ¿Por qué me has in- «quietado haciéndome venir? Y Saul respondió: «Estoy muy acongojado, pues los filisteos pelean «contra mí, y Dios se ha apartado de mí, y no «me responde más, ni por mano de profetas, ni «por sueños: por esto te he llamado, para que «me declares qué tengo que hacer. Entonces Sa- «muel dijo: ¿para qué me preguntas á mi habiénd- «dose apartado de tí Jehová, y es tu enemigo? «Jehová, pues, ha hecho como habló por me- «dio de mí: pues ha cortado Jehová el reino de «tu mano, y lo ha dado á tu compañero David. «Como tú no obedeciste á la voz de Jehová ni «cumpliste el furor de su ira sobre Amalec, por «eso Jehová te ha hecho esto hoy. Y Jehová en- «tregará á Israel también contigo en manos de «los filisteos: y mañana seréis conmigo tú y tus «hijos, y aun el campo de Israel entregará Je- «hová en manos de los filisteos.

»En aquel punto cayó Saul en tierra cuan- «grande era y tuvo gran temor por las palabras «de Samuel...»

La cosa está más clara que la luz del día. La *Biblia* es la palabra del Espíritu Santo. El Espí- rito Santo es Dios. Dios no puede engañarse ni engañarnos. La *Biblia* es auténtica, según la Iglesia católica, es verdad que Samuel habló dos veces con Saul, más verdad aún que Roma es la capital de Italia, pues esto para ella es una ver- dad de hecho, mientras que aquella es una ver- dad de hecho y de derecho.

Los muertos que hablan mediante la invoca- ción de un vivo, que es el fundamento del espiri- tismo, es una verdad demostrada por la *Biblia*. ¿Por qué, pues, anatematiza el papa el espiritismo? Por oponerse á la *Biblia* no puede ser, como acabamos de ver. ¿Por qué será? ¡Ah! Porque los partidarios de la escuela que tanto ha con- tribuido á propagar en España la elocuente plu- ma de mi muy querido amigo el señor vizconde de Torres-Sonalot, más lógicos que la Iglesia católica, y sobre todo más humanos, y más ge- nerosos, sostienen que ningún hombre á título de presbítero, de obispo ó de pontífice, puede mono- polizar la dispensación de las gracias divinas, ni de los sacramentos. Porque creen que Dios se da á todas las órdenes del pensamiento y de la vida, siendo republicanos y socialistas.

Y Roma, aun revelándose contra la *Biblia*, no podía consentir esto. De aquí la condenación del *espiritismo*, hijo legítimo del cristianismo, que sucederá á su padre en el reino de todas las almas puras inclinadas al misticismo. Yo no tengo en mí nada de cristiano ni de místico, pero considerando obreros en la misma siega en que estoy afanado á los espiritistas, les animo á la faena, gritándoles: ¡Adelante, hermanos! vos- otros sois los únicos cristianos que habéis sabi- do leer el *Libro de Samuel* y el *Evangelio de San Marcos*.

Tras la consulta de Saul á la pitonisa ó *me- dium vidente* de Endor, viene en la *Biblia* un